

CARTA DEL OBISPO

LA FIESTA DEL TRABAJO Y LA CRISIS ECONÓMICA

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

El día 1º de mayo es la fiesta del trabajo y el Día Internacional de la Clase Obrera. La Iglesia ha colocado a los obreros bajo la fiel custodia de San José, el artesano de Nazaret. Aunque esta fiesta nació como exaltación del trabajo y en recuerdo de los trabajadores asesinados por reivindicar las ocho horas de trabajo diarias, la Iglesia la asume también como fiesta cristiana, para poner de relieve el valor humano y cristiano del trabajo.

La Doctrina Social de la Iglesia coloca al hombre en el centro de la cuestión obrera y nos invita ver más al hombre o la mujer trabajadores que al mismo trabajo. Éste adquiere su dignidad, sobre todo, porque es la actividad de la persona humana. Por eso “la Iglesia considera deber suyo recordar siempre la dignidad y los derechos de los hombres del trabajo, denunciar las situaciones en las que se violan dichos derechos, y contribuir a orientar estos cambios para que se realice un auténtico progreso del hombre y de la sociedad” (Juan Pablo II, *Laborem exercens* 1).

Ante el 1º de mayo, los movimientos especializados de Acción Católica para la evangelización del mundo obrero, MTC (Mujeres Trabajadoras Cristiana), HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) y JOC (Juventud Obrera Cristiana), afirman en un comunicado que “nos sentimos cercanos a tantos compañeros y compañeras de trabajo, junto con los cuales vivimos con angustia y preocupación este momento de incertidumbre laboral, acentuado por la crisis económica mundial”.

En efecto, la celebración de este 1º de mayo reviste un significado especial. Como Iglesia Diocesana y como cristianos debemos hacer nuestros los gozos y las angustias de los trabajadores. No podemos permanecer ajenos a la delicada situación que padecen tantas personas y familias, que no encuentran trabajo o que han perdido el empleo que tenían. Es un verdadero drama humano. Debemos evitar la tentación de acostumbrarnos a convivir con el paro y a caer en la indiferencia. La cruda realidad es que el paro aumenta cada día. En España hay más de 4 millones de parados. Es verdad que entre nosotros, en Cantabria, la tasa de paro (12,42) está por debajo de la media nacional (17,36). Con todo el número de parados asciende en Cantabria a 35.200. Detrás de las frías cifras se esconden situaciones de dolor y sufrimiento.

Ante esta situación de crisis económica, que tiene unas profundas raíces éticas, debemos seguir trabajando cada uno, según la medida de nuestras posibilidades, desde la justicia, la solidaridad y la caridad cristiana.

Aunque es verdad que hay una tremenda desproporción entre la magnitud del problema y nuestras posibilidades, agradecemos sinceramente el esfuerzo que Cáritas Diocesana, las parroquias, las comunidades de religiosos, cofradías y las instituciones eclesiales están haciendo para atender a las demandas crecientes de aquellas personas y familias que más directamente sufren las consecuencias de la crisis. Avancemos en esa dirección de ayuda y solidaridad.

La extensión y persistencia de la crisis y del paro pueden generar desesperanza, pero los cristianos tenemos la responsabilidad de ser semilla de esperanza. Sigamos trabajando sin desfallecer por la justicia social. Interpelados por la realidad y urgidos por el evangelio de Jesucristo y por la Doctrina Social de la Iglesia nos comprometemos a trabajar por un nuevo modelo de sociedad más justo, más humano y más solidario.